

En el día del Trabajo

Primero de mayo de 2005. Saludo en esta fecha a todos los trabajadores de la Diócesis en el campo, en los talleres, en las oficinas, en las escuelas, en la industria y el comercio, en el mar, en el aparado, en los servicios de tan amplia gama. Saludo de modo especial a aquellos que comprenden el sentido y la historia de esta Jornada, al Movimiento Obrero, al Movimiento Obrero Cristiano, a los amigos de la JOC y de la HOAC. Recuerdo también a nuestra obra de S. José Obrero de Orihuela y a cuantos participan, religiosos y religiosas, en tantas realidades de la Iglesia en los barrios y el mundo del trabajo.

En este año, mi saludo quiere tener unos destinatarios más concretos, me refiero a los trabajadores inmigrantes. Lo hago así, porque debo acercarme y comprender su dura situación y porque es tema preferente de nuestra Iglesia Diocesana.

Han venido de lejos, a veces, de muy lejos. En muchos de ellos debió ser muy dura la decisión de emigrar. Hasta llegar a nosotros han escalado dificultades ásperas. Es enormemente grande lo que han dejado: la familia muchas veces se ha roto, dejar el pueblo y su cultura, las costumbres que también hacen al hombre, la lengua. Y han dejado atrás una situación, que muy insoportable debía ser para emprender el camino de la emigración.

Al llegar aquí no todos han encontrado el “paraíso”, que les habían dibujado con engaños, con promesas inciertas, haciendo incluso negocio con ellos. Han encontrado con mucha frecuencia inseguridad, incertidumbre, largas noches de preocupación, la aceptación de condiciones precarias, el trabajo que otros no quieren y por el precio que han de aceptar. Y en estos momentos repercute también en ellos la escasez de trabajo que, está aumentando en el campo y en la industria en zonas de nuestra Diócesis, con el cierre de empresas y la sequía. Además de esto, a veces, la explotación surge de los mismos compañeros inmigrantes.

En este campo tendría que subrayar el trabajo de la mujer inmigrante, expuesta a otros géneros de explotación, como a diario vemos.

Al menos en este Día del Trabajo es necesario que pasemos también cuenta de lo bueno que nos traen y nos aportan. Nos recuerdan valores que, con excesiva frecuencia, no apreciamos. Con el Evangelio, con la serena mirada de Jesús, son muchos los valores que descubrimos.

Hablo del valor, en primer lugar, del *hombre*, de la persona humana, también del valor del *trabajo mismo*, que es igualmente humano, creador de humanidad, de hombres que se relacionan. El valor del *esfuerzo*, cuando nuestra sociedad tantas veces lo excluye. El valor de la *familia, los hijos*, por los que se arriesga recorrer la áspera senda de la emigración. El valor de la *solidaridad*, en la que confían, y que nos aportan. El valor de la *apertura* a su cultura y a su forma de ser. El *valor de lo religioso*, que muchos viven con espontaneidad.

En el día del Trabajo todos reconocemos también el espacio recorrido, los avances serios que ha conseguido la Administración y tantos municipios, las iniciativas que entre nosotros se han creado. En nuestra Iglesia Diocesana el inmigrante está escrito en portada.

También en esta Jornada aceptamos el compromiso de llenar los huecos hirientes que quedan.

Al final de mis palabras quiero subrayar la celebración del décimo aniversario del documento de la Conferencia Episcopal Española: "*La Pastoral Obrera de toda la Iglesia*". Un escrito que ha iluminado y alentado el compromiso evangelizador de la Iglesia en España dentro del mundo del trabajo.

En el calendario de la Iglesia esta fecha está unida a un santo obrero y trabajador, S. José, y en esta fecha comenzamos un mes, que dedicamos a una mujer trabajadora, ama de casa en Nazaret, la Virgen, Santa María. Y en aquella casa, Jesús, durante treinta años fue obrero. Para ellos mi admiración y a ellos mi oración por el mundo obrero.

+ Victorio Oliver Domingo
Mayo, 2005